



Lotte Laserstein
«En el restaurante»
(1927)

EDITORIAL

La soledad de las mujeres

La soledad de las mujeres es el tema de este número. Un tema amplísimo porque puede ser articulado de mil maneras, tener mil facetas. No hablamos, de hecho, de la soledad elegida y querida como una manera de vivir bien consigo misma y de escucharse sin que otras voces se superpongan. Una elección que se convierte casi en un lujo, a menudo tachada de egoísmo y por tanto vista como fuera de los esquemas de la normalidad. Hablamos de la soledad impuesta, fruto de las circunstancias, y sobre todo fruto de la relación de las mujeres con el propio cuerpo y con el ciclo de la vida. De esta soledad, el tema que emerge con mayor gravedad en las colaboraciones de este número, es el de la soledad de las mujeres que han abortado. Una elección dramática que la sociedad impone a la mujer hacerlo sola, como un derecho, sin que sea determinante el parecer de su pareja, hecho que no hace otra cosa que aumentar el peso de la responsabilidad femenina y el alcance de la irresponsabilidad masculina. Pero también la maternidad, aun con la retórica que la reviste en la sociedad, está muy a menudo acompañada por la soledad. Soledad en la sociedad y en las relaciones con los otros, al estar la mujer poco tutelada en el trabajo y poco apoyada en las relaciones con la pareja, a causa de la renuencia e inacción creciente de los hombres. Y demasiado poco escuchada esta soledad, cuando nace de la dificultad en sí de ser madres, de la contradicción entre los propios miedos y el sentido común. ¡Cuántas depresiones postparto derivan sobre todo de la falta de escucha! Hablar de la mujer y de la soledad nos acerca a un mundo en el que parece que estar sola, aunque en aparente compañía, en pareja, en familia, sea un destino común a la mitad del género humano. Cuando se toca la soledad que necesariamente deriva del dolor, de la enfermedad, de la espera a la muerte, se alcanza solamente el culmen de un destino siempre al acecho en las mujeres. (Anna Foa)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
a cargo de LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ANNA FOA

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de ROCÍO LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

En medio del silencio, una eliminación dolorosa

Tugdual Derville, representante de los movimientos por la vida en Francia reflexiona sobre la soledad de las mujeres que han abortado

DE CATHERINE AUBIN

Para una mujer, a menudo la soledad es una causa y al mismo tiempo una consecuencia del aborto, porque la experiencia de un embarazo es una experiencia a la vez íntima y en cierto sentido, solitaria. La pareja, aunque también está, no participa directamente. Íntimamente, el descubrimiento por parte de una mujer de los primeros signos de un embarazo es a menudo motivo de alegría, también cuando hay dificultades. Es una experiencia muy personal, como siempre cuando se trata de vida y de muerte, y por tanto a menudo vivida de forma solitaria. Así lo comenta en esta entrevista a «Donne Chiesa Mondo», Tugdual Derville, fundador de Alliance VITA, una asociación que acompaña a las mujeres que han abortado.

¿Qué tipo de soledad debe afrontar la mujer antes del aborto?

En lo que se refiere al aborto, no hay duda de que las mujeres se encuentran solas. Las razones son diferentes: por un lado porque la maternidad es una experiencia femenina y por otro porque la ley en Francia ha reservado la decisión a las mujeres. Desde el punto de vista legal, la decisión última concierne a las mujeres. Los hombres no son responsables porque no conocen el problema, pero a veces también porque son excluidos por la ley o por la idea de que el aborto es una cuestión que se refiere solo a las mujeres. Sin embargo, detrás de cada embarazo hay un hombre. Y por tanto detrás de cada decisión de abortar hay una inmensa soledad.

Algunas personas cercanas a ellas, creyendo que hacen bien, las dejan solas diciendo, por ejemplo: «Es tu decisión, debes elegir tú...», sin tener en cuenta que todos somos interdependientes y estamos unidos, y que toda la humanidad está implicada por el destino de un niño. La mujer, como decía Juan Pablo II, es «centinela de lo invisible», y también santuario de esa vida que está en ella. Para hacer aún más profunda la soledad está el no reconocimiento de la humanidad, en el sentido de esa humanidad que nos une con los más frágiles. Antes se decía: «Primero las mujeres y los niños», y estaba el reconocimiento de una fragilidad intrínseca en una mujer embarazada. Cuando se deja a la mujer una decisión como la de abortar, como si correspondiera solo a ella cortar el hilo de la vida, el riesgo es el de eliminar toda la dimensión de humanidad que se transmite de generación en generación a través de las parteras, que acompañan esa experiencia de fragilidad y de muerte que es el embarazo.

En relación con las jóvenes que se quedan embarazadas demasiado pronto, éstas deben enfrentarse, por una parte con un sentido de alegría y por otro con un mandato: «No es posible», y por tanto se sienten amenazadas en su vida familiar y personal. Las personas que las rodean no creen posible ese embarazo, en nombre de valores religiosos o sociales, por ejemplo. Esas jóvenes entonces se sienten aún más frágiles y sienten una soledad inmensa. Se deben enfrentar con una serie de impedimentos externos y normativos que no las permiten seguir hasta el fondo su corazón materno.

Aislamiento y soledad: ¿qué dificultades debe enfrentar la mujer en esta situación?

El aspecto más doloroso para la mujer es que debe hacer una elección imposible. Porque la elección entre la vida y la muerte del niño que lleva en su vientre (sea cual sea el grado de conciencia que tiene de su existencia), el hecho de cortar ese destino humano, es inhumano. Es lo más difícil. El gran sufrimiento que siente (del

Paul Sérusier,
«Soledad» (1891)



que el aislamiento forma parte) depende del hecho de que está prisionera en una elección imposible. No es el poder del hombre decidir sobre la cuestión de la vida y menos todavía sobre la vida del propio hijo, pero la sociedad pide a la mujer decir sí o no.

La primera pregunta que los ginecólogos hacen a las mujeres que esperan un hijo es: «¿Es deseado?». Osaría decir que es una pregunta que mata. De hecho todo embarazo se vive de forma ambivalente, con su parte de vida y de muerte, de fragilidad y de angustia, sin olvidar la importancia del ambiente que acogerá el niño. ¿Y la pareja lo acogerá? Se crea por tanto un estado de turbación y de recomposición psíquica que los psicólogos han descrito bien. Así, en este momento de gran fragilidad y de ambivalencia natural (hay deseo pero también miedo, alegría pero también angustia) se pide a las mujeres que den una respuesta radical (que se parece a la respuesta de un ordenador: sí o no) mientras que hay una historia íntima que se está trazando y que es cada vez compleja que un sí o un no. Esas mujeres viven por tanto una soledad dramática, y deben ser acompañadas, y no abandonadas a una “presunta” elección individual, que no acoge la complejidad de lo extraordinario que se crea cuando una vida va a emerger de otra, cuando un cuerpo va a forjarse en otro.

¿Cómo se puede acompañar a una mujer que acaba de abortar?

En nuestra escucha en Alliance VITA he notado que sin duda hay un sentido de alivio: en efecto el “problema” que tenía, ha sido “cancelado” por el aborto, si bien en condiciones nunca sencillas y a veces muy dolorosas para las mujeres. Pero después en la vida de esas mujeres se crea un gravísimo secreto de familia. En Francia tres de cada diez mujeres, al menos una vez en su vida, pasa por la experiencia del aborto. Pero es sintomático que solo unas pocas hablen de ello. Algunas han creado una página donde dicen que su aborto ha ido bien y que están bien, todo para confutar a las que sostienen que han sufrido después del aborto. De hecho, en Francia el Gobierno ha llevado a cabo una investigación de la que resulta que la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) no deja consecuencias psicológicas a largo plazo; y, sin embargo, la realidad más evidente es la del silencio. Quien grita más fuerte la soledad de las mujeres después de un aborto es su silencio. Así, cuando el silencio apaga a la mujer, ella se autocensura y elimina el hecho en una historia que pertenece solo a ella. Cuando siente dentro de sí diferentes síntomas, como la angustia, el dolor físico, la pesadilla, un sentido de indignidad, vive todo eso en el gran silencio de la sociedad que la ha dejado sola con su decisión.

¿Cuáles son las consecuencias de la mirada dirigida por la sociedad a estas mujeres?

Esta sociedad cree que ayuda a las mujeres banalizando el IVE, haciendo algo que se puede decidir ya sin “criterio de desesperación”, sin reflexionar sobre ello, reembolsado al cien por cien. Todo induce a las mujeres a permanecer en esa soledad y en ese silencio que le lleva a gritar dentro de sí: «¿Soy normal? ¿Por qué sufro?».



*Pablo Picasso
«Mujer en
cuclillas»
(particular,
1902-1903)*

Recuerdo a una mujer que asistí y que, llorando amargamente, me dijo: «Me avergüenzo, me avergüenzo por llorar, porque yo le he matado». Es como si fueran lágrimas prohibidas de mujeres que piensa que están “locas”, porque la sociedad envía una imagen del aborto como un acto banal, por el cual no es necesario sentirse culpable.

Lamentablemente hemos constatado que algunos trabajadores sociales y psicólogos eran multados cuando trataban de verificar, por ejemplo en mujeres alcohólicas, precedentes de aborto. También he notado, escuchando a esas mujeres, que los psicólogos y los psiquiatras que las seguían habían rechazado escuchar el tema del aborto. No hay sufrimiento peor que el de no ser aceptados, escuchados y reconocidos en el propio sufrimiento. Todos necesitamos ser reconocidos en nuestro dolor, y es allí donde la misericordia, que tiene un corazón sensible a la infelicidad, se convierte en la necesidad más grande generada por la herida del aborto. Solo la misericordia de hecho acepta completamente el sufrimiento, sin crear confusión entre el acto y la persona. Y solo esto consuela realmente.

El aspecto más doloroso en la soledad de esas mujeres es que tienen la impresión de que su vida ya no vale nada, que no pueden ser escuchadas y expresar su dolor.

Esta soledad tiene como consecuencia un fuerte sentido de culpa, una pérdida de estima, una imagen disminuida de sí, una incapacidad de tener confianza en los otros y también en sí mismos.

Frente a todo esto, ¿cómo podéis intervenir vosotros de Alliance VITA?

La escucha de por sí tiene ya un efecto de profunda consolación. Son las mismas mujeres las que guían al



Manifestación promovida por Alliance VITA



Tugdual Derville

Tiene una licenciatura en derecho y una diplomatura en el Sciences-po Paris y l'Essec. Antes de convertirse en consultor en el ámbito sociosanitario, trabajó para una asociación de asistencia a personas ancianas, los *Petits frères des pauvres*. Y en 1986 fundó la asociación *À bras ouverts* dedicada, gracias al trabajo de acompañantes voluntarios, a la acogida de niños, adolescentes y jóvenes adultos con discapacidad mental, durante los fines de semana o las vacaciones.

Desde 1994 es delegado general de *Alliance pour les droits de la vie*, convertida después en Alliance VITA. Interviene regularmente en los medios de comunicación para defender y tutelar la vida y la dignidad humana y sobre cuestiones bioéticas. En 2013 lanzó *Courante pour une Ecologie Humaine*. Desde 1989 está casado con Raphaële con quien ha tenido seis hijos.

acompañante con sus palabras, sus silencios. Todo lo que expresan es acogido con empatía y sin ningún juicio. La escucha es la cercanía que se puede ofrecer a una persona que se siente sola y que tiene sentimientos tan fuertes, lo que le permite deshacerse de su carga. En general, estas mujeres no han sido nunca escuchadas en su sufrimiento y en su dolor, nadie había escuchado lo que sufrían en lo profundo. Por tanto, la escucha se revela terapéutica, es más “de resurrección”, porque

hace emerger una fuerza espiritual que las consiente abrir un espacio de diálogo y de desbloquear ese secreto completamente eliminado. La mujer vive esta soledad en lo más profundo, es una soledad que nace de sus vísceras y de la maternidad. Se puede decir que es una herida profundamente espiritual, más allá de cualquier credo religioso. El cuerpo materno es de alguna manera un “santuario”, y ha sido profanado. Es difícil aceptarlo para quien lo ha sufrido, quizá de forma inconsciente. Está aquí la petición no expresada de una mirada totalmente benévola.

Quien cierra a las mujeres en la soledad de su aborto es el hecho de creer que han cometido algo imperdonable y se sienten condenadas a un sufrimiento fatal, inherente a lo que han vivido. Con esto no quiero decir que todas las mujeres sienten tal sufrimiento o lo expresan como tal pero puedo afirmar, al haber escuchado a muchas, que el problema está y es innegable. En realidad las repercusiones de ese secreto de familia no resuelto son profundas, tanto en la vida de esas mujeres como en sus relaciones con los otros.

En el origen de esta clausura en la soledad, está la convicción de que no se podía hacer otra cosa. O sea, que el aborto ha llegado como una fatalidad, porque no existía otra solución. A menudo han vivido condicionamientos fuertes, por los que han sido obligadas a abortar por la condición de fragilidad en la que se encontraban. Precisamente por esto es importante que hagan un trabajo interior para entender en qué momento se han convertido en responsables de lo sucedido, y todo eso para liberarlas de la clausura, para que hagan finalmente claridad dentro de sí, sin hundirse en el sentimiento de culpa. Se trata de un recorrido liberador, porque entonces podrán decir: «No estaba condenada al aborto». De hecho, solo aclarando lo sucedido podrán ir adelante, no tratando de poner remedio, sino aceptando su sufrimiento.

¿Cómo se sitúan los hombres frente a la soledad de la mujer y de la pareja que ha abortado?

A la soledad de las mujeres le acompaña la soledad de los hombres. De hecho, el aborto es un “lugar” que rompe la alianza y la complementariedad. Algunos hombres han pedido y obtenido el aborto. Por tanto, para las mujeres el dolor del aborto se convierte en el espacio de una soledad sacrificatoria: se han sometido a un valor superior que es el amor por la pareja, y después han perdido tanto al hijo como el amor de la pareja. Algunos hombres después del aborto de la pareja han sentido una especie de “pérdida” y le han hecho pagar la elección hecha. En esta situación los hombres son tanto cómplices, como excluidos, dejados a sí mismos. La pareja vive entonces una ruptura, porque el niño no nacido sella a menudo la muerte de la unión.

El aborto lanza a la soledad, tanto a las mujeres como a los hombres, en una incompreensión recíproca. En un tiempo el hombre tenía la tarea de proteger; hoy esta tarea ha desaparecido delante de la soledad de la mujer que ha abortado. El aborto reúne los dos males de la sociedad occidental: la soledad de las madres y la pérdida de los padres.

Las lágrimas de Lucía en el bosque del Chaco

DE SILVINA PÉREZ

No tener otra elección. Llorar en silencio y no encontrar un camino viable. Hundirse cada vez más, en un barranco en el que no se ve el final. Todas estas sensaciones tuvo Lucía cuando dejó a su hija, la pequeña Mary, en una casa de acogida para mujeres que renuncian a la maternidad en Paraguay. Para siempre. Su niña tiene dos años, y por una enfermedad de crecimiento, tiene el tamaño de un bebé. Algunos niños en ese centro son cuatro veces más altos que ella. Para llegar ha recorrido a pie caminos de tierra llenos de agujeros que aran campos de soja y decenas de kilómetros de naturaleza salvaje del bosque. El centro Casa Esperanza acoge a unos treinta niños de cero a tres años, todos hijos de mujeres solteras, que no son capaces de mantener a su descendencia. Última de cinco hijos, también Lucía cuando tenía tres años fue confiada a una pareja de campesinos muy pobres, que murieron cuando tenía 16 años. Su familia de origen no podía cuidarla debido a su gran pobreza. Casa Esperanza está en la zona del bosque del Chaco, dividida entre Argentina, Bolivia, Brasil y Paraguay. Hoy este bosque, explotado por la agricultura y la ganadería industrial se ha convertido en una tierra que expulsa a personas. Al año, nueve mil familias huyen a la ciudad, escapando no solo de la falta de trabajo y perspectivas sino también del bombardeo químico de los aviones y helicópteros que rocían con pesticidas los campos cultivados, exponiendo a los habitantes a los efectos tóxicos de los herbicidas. Lo llaman el mal del avión. Cómplices la mecanización y el uso intensivo de pesticidas, un solo campesino puede cuidar hoy de un gran cultivo de 600 hectáreas, superficie que antes podía dar de comer a 60 familias. Pero para quien permanece viviendo en el campo, a menudo mujeres solas con ancianos, hay un precio que pagar.

Es el que ha pagado la pequeña Mary, hija de Lucía, víctima de malformaciones de nacimiento como consecuencia de la exposición a algunos componentes químicos. Se trata de uno de los

herbicidas más utilizados, el terrible glifosato, reconocido recientemente como probable cancerígeno por el IARC, la agencia internacional para la investigación sobre el cáncer. Las asociaciones de los campesinos hablan abiertamente de «situación gravísima», las denuncias de muertes sospechosas son miles, mientras que un estudio de la Sociedad paraguaya de pediatría habría verificado que más del 40 por ciento de las madres expuestas durante el embarazo a los agrotóxicos, después ha dado a luz niños con graves malformaciones. Paraguay se ha convertido, en pocos años, en el tercer exportador y el cuarto productor de soja en el mundo. Como resultado, el país ha conocido años de elevado desarrollo económico, aunque permaneciendo como uno de los países más pobres de América Latina. A pesar del ingreso de sus productos en el mercado mundial, cerca del 22 por ciento de la población vive en la pobreza, mientras que la pobreza extrema llega al 9 por ciento. Pero la monocultura de la soja ha desmantelado el sistema productivo de agricultura tradicional. La expulsión de cientos de miles de campesinos de sus tierras y la expansión de plantaciones intensivas de soja son dos datos de hecho. Precisamente por esta situación, el país es expresamente mencionado en la Laudato si'. El Papa Francisco cita las fuertes palabras de denuncia pronunciadas, en 1983, por los obispos paraguayos sobre el derecho a la tierra: «Todo campesino tiene derecho natural a poseer un lote racional de tierra donde pueda establecer su hogar, trabajar para la subsistencia de su familia y tener seguridad existencial. Este derecho debe estar garantizado para que su ejercicio no sea ilusorio sino real. Lo cual significa que, además del título de propiedad, el campesino debe contar con medios de educación técnica, créditos, seguros y comercialización».

Lucía, como muchas otras mujeres campesinas, sabe que en algunos lugares de los campos paraguayos hoy gana la ley del más fuerte. Y ella es demasiado débil para lograrlo.



Su hija tiene una enfermedad de crecimiento, que hace que su tamaño sea el de un bebé

Demasiadas experiencias para vivir solas

La maternidad está todavía rodeada de una retórica que ensordece

DE MARIA DELL'ORTO HERMANA DE BOSE



Sobre la soledad de las mujeres, esa no elección, sobre todo me atrevo a decir una cosa que vale por todas: no se vive sin un afán especial en un planeta en el que, a cualquier latitud y por milenios, se ha decidido que las mujeres valen menos que los hombres, y a veces nada. Y así, a las penosas fatigas que tocan a todos bajo el sol, está siempre para ellas este añadido: el deber demostrar a priori que valen, ser adecuadas, fiables. Y hoy deben defenderse también del mito falso y tedioso de la juventud que les impone ansias y gastos absurdos: ¡la publicidad usa todavía a las mujeres jóvenes y brillantes como reclamo!

Todavía hoy, en Italia, para las mujeres afirmar la propia subjetividad fuera del esquema de la pareja y de los hijos es ir contracorriente, una fatiga vivida en soledad también respecto al círculo de los seres queridos. Lo que hasta ayer era una condición humillante de solterona, hoy es sospechosa de egoísmo.

Pero a menudo está la soledad también en la vivencia más normal, la de la maternidad. Hay una palabra de Jesús que muestra su atención, del todo contracorriente, hacia las mujeres. Cuando habla del desastre que habría golpeado Jerusalén, dice «Ay de las que estén embarazadas o tengan niños de pecho en aquellos días» (Lucas 21, 23); y «beatas las estériles» y «llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos». Jesús pensaba en la Piedad al contrario: la madre objeto del llanto amoroso. La atención compasiva de Jesús encontraba siempre a los más pobres, a los más solos entre los solos: y para él son las mujeres, primero las embarazadas o que amamantan. En el desastre general, se les reserva a ellas el doble del terror y del dolor: por otro y por sí mismas, tan indispensable para el otro. Palabras de una actualidad impactante: cada día vemos las terribles tribulaciones de los pueblos que huyen, y que las mujeres son aún las más pobres, objeto de torturas y humillaciones suplementarias, a menudo embarazadas o amamantando, y con pequeños a los que salvar. Pero eso que las catástrofes aumentan exponencialmente sucede ya, escondido, en la vida ordinaria.

La maternidad, que hasta hace poco tiempo, era considerada la única grandeza y deber de las mujeres también en occidente, su única identidad y rol, está todavía rodeada de una retórica que ensordece. Y así las mujeres viven en soledad todo lo que esto conlleva: la turbación de la pérdida de la propia identidad y libertad precedente, de la responsabilidad tremenda de la vida de otro, el despertar de las propias vivencias de hija, y el cansancio de un cuidado sin excepciones.

En una sociedad que usa el trabajo para dividir a la mayoría de las personas en redundancias o semi-esclavos malpagados chantajeados por la precariedad, las mujeres son todavía las más desfavorecidas. En Italia, la retórica sobre la maternidad no está acompañada por ninguna ayuda que la tutele, y combinar trabajo y maternidad es a menudo imposible. Siempre, una gran esfuerzo. ¿Cómo generar criaturas que no pueden mantener si, con un 95 por ciento de probabilidad, las madres perderán el trabajo por la maternidad? La prueba de ello es el caso que ha salido en todos los periódicos italianos: ¡un empresario que contrata a una mujer en su noveno mes de embarazo! Es precisamente la excepción que confirma la regla. Y qué cansancio cuando hay trabajo y también hijos. Y si el trabajo es de un cierto nivel y requiere viajes y congresos, las mujeres están solas más que nunca en las exigencias opuestas de la carrera y



la maternidad. Esta soledad está llena de dudas y de escrúpulos en el sentirse, inevitablemente, nunca adecuadas para una y otra realidad: demasiado poco tiempo en casa, demasiada poca disponibilidad en el trabajo respecto a los colegas hombres. ¡Y sucederá que sean tres veces mejores que ellos para hacer las cosas! Este conflicto interior que aflige y agota a las mujeres que tienen un trabajo, y cuyo precio deben pagar solas, los hombres no lo conocen ni poco ni mucho.

La maternidad en sí misma también es una realidad que no funciona por sí sola. Serían necesarios espacios sociales de acogida, de escucha y de consuelo donde fuera posible para cada madre decir en libertad la verdad del propio cansancio y de la propia consternación. Si bien las ciencias humanas nos han advertido de las contradicciones que sufre el amor materno, como cualquier amor, para una mujer es difícil expresarse libremente sobre dicho argumento cuando los propios sentimientos son dolorosamente contrarios a la vulgata retórica; y esta afonía es soledad. Si después la maternidad llega en situación de afectos precarios, cosa no rara, sin la ayuda de una pareja responsable, solidaria en el cuidado y no ausente, la experiencia de madre es penosa y dolorosa. La creencia ya difundida de que el propio niño crecerá y se desarrollará bien solo gracias a la buena unión con una madre acogedora, empeora la situación. Es inaceptable que la sociedad deje a las madres en la soledad y sin ayudas, y que la futura salud de la sociedad se cargue casi solo en sus hombros, sin las ayudas sociales necesarias: lugares de encuentro y de diálogo, largas bajas por maternidad, amplia garantía

en los puestos de trabajo, guarderías, y apoyo económico si es necesario. Cuánta escucha atenta necesitan las madres; cuántos cansancios de las madres que, si encontrarán en la escucha una ayuda, no dominarían como tiranos la vida de los pequeños.

Las mujeres estarían menos solas si la opinión pública de los medios de comunicación no hablaran sobre la maternidad usando palabras de plomo con vergonzosa ligereza. Toda retórica sobre la maternidad, que la altere cosificándola o, al contrario, la desvalore y la banalice, es su enemiga. El ejemplo más triste de palabra pública irrespetuosa con las mujeres es cómo se trata el argumento lacerante y doloroso del aborto: si piensas en todo lo que se grita. Una realidad dramática e íntima como esta se usa incluso como propaganda política. No se respeta la soledad que acompaña la angustia de la mujer implicada, el tormento de la contradicción íntima de toda ella, el drama desolador de una mujer embarazada que cree no poder acoger y crecer ese nuevo ser que se ha anunciado dentro de ella. Aun conociendo, cada uno, situaciones familiares afectivamente miserables, no existe el esfuerzo respetuoso y silencioso

de imaginar lo que induce a impedir generar tales condiciones para al nuevo ser: porque no basta con darle a luz. Que la decisión sea impuesta por la pareja, la familia, el riesgo de perder el único trabajo y la única entrada económica para sí y la familia, de la alta probabilidad de una malformación grave del feto, o de una impotencia afectiva propia o ambiental, es sin embargo una violencia que nos hiere alma y cuerpo, imborrable de nuestra memoria afectiva, corporal y moral.

A menudo el culmen de la soledad en la cual casi siempre sucede este drama es la ausencia de la pareja para compartir la agonía.

Pero en las iglesias de Dios debería haber una conciencia totalmente diferente, una fidelidad hecha de corresponsabilidad entre los padres y una solidaridad de fraternidad en la comunidad que debería preservar a las mujeres de los peores dramas de la maternidad en soledad. Ya que ni siquiera el Señor Dios impuso la maternidad a María, sino que le pidió su consenso confiado, hombres y mujeres deberían pedirse el uno al otro el consenso previo para engendrar, ya que intentamos hacernos imitadores de Dios. Y esto, con la ayuda de leyes y servicios sociales que ayuden a las mujeres y empresarios que no las chantajeen, harían la maternidad más deseable, posible y humana, y del todo ajena a la tragedia del aborto.

Y está la soledad de las mujeres enfermas o ancianas. Acostumbradas a ocuparse de los otros y no de sí mismas, si en la familia no surge la idea de ocuparse de ellas, esa soledad las entristece convenciéndolas que son solo un instrumento para el bien de los demás.

*Edward
Hopper studi para
«Morning Sun»
(1952)*

*En la página
anterior,
Felice Casorati
«Cucitrice nella
soffitta» (1931)*

DE MARÍA DOLORES LÓPEZ GUZMÁN

El Papa Francisco exhorta a poner en práctica la ley de la integración y la misericordia hacia las mujeres que han recurrido al aborto. Hacerse cargo del pecado y acoger el dolor. Esto hizo el Señor cuando vino a nuestro mundo. Un verdadero sello distintivo de su vida, en la que manifestó de forma clara sus opciones «No son los sanos que tienen necesidad del médico, sino los enfermos» (Lucas 5, 31). La Iglesia, llamada a ampliar su misión, no puede dejar en segundo lugar, en medio de una infinidad de tareas importantes, lo que para el Señor era una prioridad.

Es necesario discernir la caridad, motor del cristiano, para reconocer en qué medida va animada por el “principio misericordia”, que es el que obra en el corazón de Dios y el responsable último de sus inclinaciones. Por eso los pasajes evangélicos cuentan muchos encuentros de Jesús con personas en situaciones de desgracia o que han cometido un pecado del que son claramente responsables y por el cual son despreciadas y condenadas.

El Papa Francisco convocó el año jubilar para recordarnos que el Evangelio es buena noticia precisamente porque revela hasta dónde el Señor ha sido capaz de llegar para rescatarnos, cuidar y estar cerca de las heridas de la humanidad. Este amor materno de Dios muestra que la misericordia no es una sombra más en la enorme riqueza del Evangelio, sino que debe ser ese lema que nos empuja hacia los demás. Frente a la miseria y la fragilidad, la primera cosa que hay que hacer es poner en práctica la misericordia. De hecho no debemos olvidar que en la historia de la salvación Dios es un «reincidente», porque ama en primer lugar. Si queremos ser a su imagen, hagamos por tanto lo mismo: amemos en primer lugar. El Papa Francisco ha subrayado la centralidad de la misericordia y sus consecuencias en la vida del cristiano en dos cartas que encuadran el año jubilar: la primera, con ocasión de la convocación, dirigida al arzobispo Rino Fisichella, como presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, y desea que la misericordia forme parte del espíritu misionero; la segunda, con ocasión de la clausura, dirigida a todos los que quieren leerla y hacerse eco de sus palabras, para hacer que la misericordia no se convierta en un «paréntesis en la vida de la Iglesia».

Uno de los puntos que más conmueve en ambos documentos –por su novedad y por lo que implica en términos de acercamiento a una situación específica de la mujer– es la mención explícita del aborto voluntario como una de las situaciones en las que la Iglesia, en particular a través del ministerio de los sacerdotes en el sacramento de la reconciliación, debe manifestar la acogida del Padre. Y esto es, con las palabras del Papa, por dos motivos: porque Dios «quiere estar cerca de quien está más necesitado de su perdón» y porque «el amor del Padre no quiere excluir a nadie». Dos ideas presentes también en la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, donde el Papa se expresa de forma análoga en lo que se refiere al acompañamiento de las llamadas situaciones «irregulares» de las familias, en un documento publicado precisamente durante el jubileo de la Misericordia.

Acompañar con el perdón

*El postaborto exige personas lúcidas,
sensibles y formadas*

El Papa Francisco nos pide que este Dios que va al encuentro del ser humano para abrazarlo en medio de su miseria no se quede desenfocado ni oscurecido por otras tareas y principios; nos pide sin embargo revelarlo enseguida, para que fundamentalmente, «refuerce la fe de todo creyente» y «el testimonio sea más eficaz». De aquí el deseo de «quitar obstáculos», concediendo a todos los sacerdotes, en virtud de su ministerio, la facultad de absolver este pecado y permitir así a las mujeres que viven tal drama el acceso a la reconciliación. El Papa muestra la convicción de que el aborto, aun siendo un hecho indiscutiblemente grave, es complejo y delicado, y contiene grandes dosis de soledad a causa de la exclusión histórica que la mujer ha sufrido. La sensibilidad que el Pontífice demuestra proviene de su conocimiento directo: «He encontrado a muchas mujeres que llevaban en su corazón una cicatriz por esa elección sufrida y dolorosa». Todo cambia cuando la memoria está llena de nombres concretos que han vivido el drama del que estamos hablando y sobre el que estamos discerniendo; cuando el dolor del otro es también un poco el nuestro. Las leyes y las razones universales no pasar por delante, o de puntillas, del sufrimiento. «El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el



sábado» (Marcos 2, 27). Este reconocimiento no significa negar que en nuestra cultura se esté difundiendo un conocimiento superficial de lo que el aborto conlleva, como denuncia el Papa. Por eso no se deben olvidar a esas mujeres que se han quedado con el corazón hecho pedazos y que viven un drama existencial y moral. Soledad incomparable, sentido de culpa asfixiante, miedo de sí mismas, tristeza por lo que podría haber sido, sentido de irreversibilidad en su aspecto más duro, imposibilidad e incapacidad de comunicar... Ya nada será lo mismo.

El arrepentimiento, en este caso, es particularmente doloroso. Y el camino de la conversión tortuoso; lleno de miedo y de sentido de culpa (real y necesario, pero delicado de gestionar).

Perdonarse a sí misma, por tanto, es quizá el acto más difícil. Porque no es solo una cuestión de gravedad. Hay también otros pecados que provocan graves daños. Pero el aborto tiene para la mujer un componente especial: está unido a su cuerpo y a su alma. Significa interrumpir, «quitar de en medio», «arrancar» la vida de un ser humano dentro del propio ser. Y, aun no siendo la única responsable, hay una diferencia sustancial respecto a la experiencia de los otros: ella lo experimenta de forma directa, sin concesiones al olvido. Porque el organismo tiene memoria, y lo que sucede permanece impreso, de una forma latente que se hace presente cuando menos se espera. Y después quedan las preguntas que ya no tienen respuesta: ¿cómo habría sido su vida... y la mía?

Después de un aborto, la mejor palabra delante de la confusión y el dolor sufrido es el silencio. Acompañar este proceso con respeto y temblor requiere personas lúcidas, sensibles y formadas en el espíritu de discernimiento. No es suficiente con la buena voluntad. Por eso el Papa Francisco exhorta a los sacerdotes a prepararse para esta gran tarea que supone el saber acoger la fragilidad, reflexionar con el otro sobre la seriedad de lo que ha sucedido, y proponer un recorrido — un camino de la caridad — para realizar pasos concretos en la conversión y en el proceso de reconciliación.

«Estamos llamados a hacer crecer una cultura de la misericordia... en la que nadie mira al otro con indiferencia ni aparta la mirada». La mujer lo necesita particularmente, porque ha experimentado de muchas maneras durante la historia que, solo por su condición, su pecado es más grave.

Al principio de la carta apostólica *Misericordia et misera*, el Papa recuerda, siguiendo a san Agustín, el momento en el que Jesús y la adúltera se quedaron solos; y como, en ese instante de piedad y de justicia, el perdón abrió un camino nuevo: «Tampoco yo te condeno». Y la mujer no fue excluida.

Lucas Cranach el Viejo «Cristo y la adúltera» (1532)

En la página anterior, un viernes de la misericordia de Papa Francisco (12 agosto 2016)

Protectora de las maltratadas

La figura de Teresa Spinelli, hace poco proclamada venerable, fue recordada el sábado 11 de marzo durante un congreso en el que Lucetta Scaraffia, en su ponencia introductoria, propuso que sea proclamada protectora de las mujeres maltratadas y abusadas. Teresa Spinelli, fundadora de la congregación de las Siervas de Jesús y María, fue sometida a los abusos de su marido, consiguió la

separación y trabajó para mantener a la familia, comprometiéndose con la construcción de escuelas para mujeres pobres.

El exilio nepalí

En el Nepal occidental existe una tradición llamada Chhaupadi por la que las mujeres, durante el periodo de su ciclo menstrual, están obligadas a vivir una especie de exilio de sus comunidades. Según una

superstición que tiene origen en la tradición hindú, su sangre, en ese periodo del mes, es considerada impura. La fotógrafa Poulomi Basu ha contado en un recorrido fotográfico la vida de algunas de estas mujeres cuando son alejadas de su cotidianidad y obligadas a vivir lejos de las familias. El proyecto de Basu se ha convertido en un libro y ha ganado el Foto Evidence Book Award, concurso que premia proyectos dedicados a las injusticias sociales.

Contra el divorcio instantáneo

Es suficiente con el marido pronuncia tres veces «talaq» frente a la mujer para obtener un divorcio legal e inmediato, según una interpretación de la ley islámica aceptada en India. Tras años de batalla, las asociaciones de mujeres musulmanas indias han conseguido presentar a la Corte Suprema sus peticiones para poner fin a esta costumbre.

Bautizada con agua de mar

A los pies de santa Julia mártir brotó una fuente caliente con poderes milagrosos

DE BARBARA ALBERTI

Cartago, siglo V. Julia pertenece a un familia noble, pero arruinada. Tiene 15 años y un espíritu libre, cuando la prometen como esposa a un viejo rico y odioso. Suplica a los padres no hacerlo, pero la palabra está dada. Entonces intenta huir. Es guapa. En la costa, es secuestrada por los mercaderes de esclavos. La cargan en una barcaza, con otras prisioneras destinadas a los prostíbulos. A bordo, hambre, fusta, lucha por la comida, quien enferma es lanzado al mar. Julia encuentra un protector: Himalk el marinero, alegre y temible, con una brillante melena blanca, y una mangosta enrollada en el cuello como si fuera una bufanda. Himalk está siempre preparado para ayudar a las prisioneras, las defiende de la violencia de la tripulación. Soporta los castigos de los piratas con orgullo. Julia quisiera descubrir el secreto de su fuerza, pero en especial, de su alegría. Él le habla de Jesús. A ella, que siempre ha considerado a los cristianos una secta traicionera, el hombre muestra una visión aventurera: le revela que esta vida es solo aparente, la que vendrá estará en el cielo. Y la muerte no existe, es la puerta de la eternidad. Julia se entusiasma por el Evangelio. Himalk la advierte: la religión prohibida pide mucho. La valentía no basta, es necesario el heroísmo. Para ser dignos de Cristo es necesario ser justos, a costa de la vida. A ella le fascina la impracticabilidad del Evangelio, el desafío extremo a la naturaleza humana. Ama a tu enemigo, pon la otra mejilla, di siempre la verdad. ¿Qué hombre es capaz de tanto? Nadie puede alcanzar las pretensiones del joven de Galilea que pide lo inalcanzable. Una noche, mientras todos duermen, Himalk la bautiza con el agua del mar.

Una joven esclava tiene fiebre alta, los marineros quieren tirarla a los peces. Himalk trata de impedirlo. Se lanza sobre ellos, lucha pero es vencido, y lanzado al agua junto a la enferma. Julia lo ve desaparecer entre las olas. La mangosta se queda a bordo. Julia la recoge. Enseguida empieza una terrible tempestad que rompe las velas. La barca se hunde, todos se ahogan. Se salva solo ella, agarrada a un resto del barco, con la mangosta en el cuello y su nueva fe cristiana. En la costa de Córcega un pescador la sube en la barca. Su mujer y él la cuidarán como a una hija. Ahora que ha aprendido a ver, Julia ve el diseño de la providencia: los piratas la han salvado de otra esclavitud —también su familia quería venderla— y en la travesía ha conocido a Himalk, que le ha dado a Jesús. Ahora esta isla salvaje, con pocos lugares de aterrizaje, donde nadie podrá encontrarla nunca. Piensa en el pensar del prometido, y aunque si



es cristiana, ríe. Es su alegría, lo que la hace ser amada por los padres adoptivos. La acogida la paga hablándoles del Evangelio. Los dos quieren hacerse cristianos. Julia les bautiza también a ellos con el agua del mar, en memoria de Himalk. Otro bautismo clandestino: también allí Cristo está fuera de la ley. Todos ofrecen sacrificios a los dioses, quien les reniega es condenado a muerte. Pero los buenos habitantes de Nonza, cuatro casas con vistas al mar, no son fanáticos, y quieren a Julia.

Para ella esa tierra de pescadores y habitantes de la montaña, de castaños y molinos, de bosques, de ríos, es libertad y maravilla. En Cartago ni siquiera la dejaban salir de casa. Ahora sube sola por las laderas, con la mangosta al cuello. Carreras de muflones, ciervos, jabalíes, caballos, vuelos de águilas, halcones... Por primera vez conoce la nieve. En cada cosa Julia ve la mano de Dios, y reza a su manera: «Señor, temo que tú hayas hecho el mundo demasiado bonito».

El naufragio la ha llevado allí para que difunda el Evangelio entre esa gente sencilla y fuerte. No con las palabras. No pretende convertirlos. La forma de contar a Jesús, será ser cristiana. Está al servicio de los lisiados, de los desesperados, de los pobres. Cuando no tiene nada para dar, va a cazar. Es muy buena con el arco y las flechas, una pequeña Diana cristiana, y alimenta a los niños. Una vez más, la belleza es fatal para ella. Los pocos hombres de Nonza todos la quieren, y por miedo no se lanzan. Esa jovencita es la madre del pueblo. Pero el arrogante hijo del déspota local no tiene miedo, y la pide como esposa. Julia lo rechaza. En secreto ha hecho voto de castidad. Ella es de Jesús, no se puede casar con otro. Quien se ofende es el padre del joven, el gobernador Felice. ¿Cómo se atreve esa mendiga a rechazar un honor tan grande? La manda llamar, en presencia del hijo. Ella, serena, se presenta con su mangosta. Felice se queda impresionado por su belleza. El impulso sería

acostarse con ella, pero está el hijo. Y está la actitud intolerable de la joven, sin miedo ni respeto por su rango. Julia está en sus manos, de él depende que viva o muera y ella ¿no tiembla? El deseo del gobernador se convierte en doblegarla, humillándola en lo que ella quiere más. Sabe bien que es cristiana y la ordena hacer sacrificios a los dioses. Si lo hace, será libre. Julia responde: yo ya soy libre sirviendo a Jesucristo mi Señor, no lo sería si sirviera a vuestros ídolos paganos.

El gobernador insiste, llega a amenazarla con un puñal. Ella no cede. Felice agarra la mangosta y la agujerea. Ordena que le corten el pelo a Julia, y que sea crucificada. Pronunciando la condena la mira, para disfrutar su terror. Pero ella, transfigurada, le dice: «crucificada, ¿como mi Señor? Esto sí que es un gran honor».

Ni siquiera la atroz agonía de la santa extinguió la rabia de su perseguidor. Nunca había sufrido una derrota tan vergonzosa. Poco después enloqueció, y se arrojó por un precipicio. A los pies de la cruz de Julia, el mismo día brotó una fuente caliente con poderes milagrosos. De santa Julia mártir, patrona de Córcega y Livorno,

La autora

Barbara Alberti, escritora, vive en Roma. Su producción es ecléctica, dirigida a combatir una imagen perdedora del sexo femenino. Sus obras van del picaresco *Memorias del mal* (1976) a la meditación *Evangelio según María* (1979), otras con toque de humor y provocación como *El señor está servido* (1983), *Pobre niña* (1988), *Hablamos de amor* (1989), *Delirio y Gianna Nannini de Siena*, ambas de 1991, *El esposo prometido* (1994). En 2003 publicó *Celosa de Majakovskij*—una biografía por la que recibió el Premio Alghero Donna—y *El príncipe volante*, en la que cuenta la vida de Antoine de Saint-Exupéry. Autora de guiones cinematográficos, *El portero de noche* de Liliana Cavani (1974) y de textos teatrales: *Ecce homo*.

están un fragmento del cráneo, dos vértebras y algún cabello. Sus reliquias se conservan en Pisa y en Nonza, en la iglesia de santa Julia, erigida en estilo barroco veneciano. En la iconografía oficial la santa se representa en la cruz, pero una rara reliquia corsa de finales del siglo XIX, en madera, muestra una joven de mirada intensa y una mangosta en el cuello, como una estola. Ambas tienen la aureola.

MEDITACIÓN

A CARGO DE LAS HERMANAS DE BOSE

La mansa

Juan 8, 1-11

Este Evangelio nos anuncia la misericordia de Dios encarnada y narrada por Jesús. Algunos escribas y fariseos, para poner a Jesús a prueba y tener de qué acusarlo, le llevaron delante del templo a una mujer y le dijeron que la habían sorprendido en adulterio. Aquellos le imputan la misericordia hacia los pecadores como una violación de la Torá. Pero como los profetas, Jesús interpreta y cumple la ley de Moisés buscando en la letra del texto el Espíritu de Dios, que la escribió para que fuera luz para nuestros pasos. Y la luz de Dios es misericordia para nosotros.

Desde el momento en que la Torá dice que hay que matar al hombre y a la mujer sorprendidos en flagrante adulterio, ¿por qué someten al juicio para la lapidación solo a la mujer? O el adulterio no era solo flagrante, y por tanto el suyo es delito de falso testimonio; o hacen uso injusto de la Torá, ahorrando al hombre según el eterno prejuicio. El Evangelio quiere mostrarnos un pecado grave que tienta so-



bre todo a los hombres religiosos de cada época: hacerse juez del prójimo, apelando a la ley que son los primeros en desobedecer. Quien usa la ley de Dios como un arma para condenar a otros no ha entendido ni el don de la Torá ni el propio corazón.

Jesús, interrogado, calla: la presencia de esa mujer es para él la realidad que cuenta, que se dobla con su peso de dolor y misterio, y no la ocasión de un desafío religioso. Y se inclina en el suelo: dos gestos mansos, que narran ya de por sí la mansa misericordia del Señor hacia la pobre mujer tan humillada. E, inclinándose, escribe en la tierra. Esta escritura en la tierra, misteriosa, silenciosa, escritura no legible, es análoga al silencio sutil que escuchó Elías en la Oreb: palabras inaudibles, adecuadas al inefable, que hacen signo de la presencia misericordiosa de Dios.

misericordia de Jesús

Y Jesús escribe con el dedo en la tierra, dos veces. También Dios escribió, con su dedos, dos veces la misma ley eterna en las tablas de piedra. Moisés, delante del pecado del pueblo, las había roto, intuyendo y revelando para siempre que la ley de Dios se deja romper para no aniquilar al pecador. Y Moisés volvió al Señor que las escribió de nuevo: la misma alianza, la misma escritura del dedo sobre otras piedras, los mismos compañeros. Dios está deseoso de hacerse misericordia para mantener su fidelidad. La ley santa de Dios no puede ser nunca, como la ley que los humanos deben darse. ¡Ay de nosotros y a los otros si las confundimos! Usar la ley de Dios como ley para imponer, para mandar y castigar, es usar el don de Dios para lapidar, según los prejuicios de cada uno. Mientras que el Señor en el don de la Torá quiere hacernos conocer sus caminos y nuestro corazón, para que volvamos a él.

Pero ya que esos hombres religiosos insisten preguntando, Jesús les dice una palabra extraordinaria: «Quien esté libre de pecado que tire la primera

piedra», porque Jesús sabe que las piedras serán fáciles de tirar, a nosotros humanos que encontramos fácil hacer como hacen todos, sobre todo contra una víctima. Y de nuevo Jesús se inclina y calla, porque tampoco les condena a ellos: porque precisamente no ha venido a condenar. Y aquí sucede otra cosa extraordinaria.

Estos hombres preparados para lapidar, se convierten en ejemplo para nosotros. Escuchada la palabra de Jesús, callaron, ninguno mintió ni fue hipócrita. Cada uno se leyó a sí mismo a la luz de esa palabra, no usando a la mujer como comparación. La Palabra fue luz para cada uno, y ellos se alejaron. Los ancianos los primeros, porque había tenido más tiempo para conocerse. Jesús no les dijo sus pecados, pero cada uno se descubrió diferente de cómo quería creer y hacer creer.

Como ellos, y como la pobre mujer, escuchamos a Jesús y lo que el Espíritu Santo escribe en nuestro corazón y, consciente de nuestra dolorosa falibilidad, aprendemos que la obediencia a la palabra de Dios es siempre compasión y misericordia.



Madres solas en Corea

DE CRISTIAN MARTINI GRIMALDI

Corea del Sur desde hace algunos años se ha puesto el objetivo de erradicar los prejuicios seculares respecto a los padres solteros y las parejas no casadas que viven juntas, objetivo que es parte de una batalla más grande: la de animar a las personas a tener hijos para contrastar la bajísima tasa de natalidad y el rápido envejecimiento de la población.

Desde hace algunos años, por tanto, el programa del gobierno ha sido trabajar para cambiar la percepción social sobre las distintas formas de familia, aunque en Corea del Sur el fenómeno de jóvenes parejas que viven juntas antes del matrimonio es casi desconocido, y solo el 1'9 por ciento de los niños nacen fuera del matrimonio. Como sucede a menudo, sin embargo, entre la voluntad política y la traducción de esta realidad hay un terreno espeso hecho, tanto de prejuicios, como de rigidez burocrática.

En 1980, en la cima de las adopciones internacionales procedentes de Corea, al menos ocho niños de cada diez enviados al extranjero habían nacido de madres no casadas.

Hoy las cosas no son diferentes: más del 90 por ciento de los niños dados en adopción en Corea del Sur han nacido de madres solteras, y la razón principal por la que los niños son abandonados es el estigma social que recae precisamente en ellas. Sucede a menudo que las chicas sin marido se ven obligadas a esconder su embarazo y después, animadas a abandonar a sus hijos. No solo. Sucede también que a las madres no casadas o divorciadas se les niegan subsidios a los que todos los nuevos padres en Corea tienen derecho.

Hablamos con una voluntaria de la Asociación de las madres no casadas, una asociación coreana que lucha por los derechos de las mujeres.

«Es necesario entender que aquí en Corea las madres solteras no son reconocidas como verdaderas madres» nos dice. «También la palabra misma que identifica a las madres solteras en coreano tiene una connotación negativa. Estas son mujeres que no son del todo integradas en la sociedad por los viejos prejuicios».

Precisamente para vencer estos prejuicios, y contribuir a romper definitivamente el estigma que las persigue, algunas mujeres se han organizado y desde hace algunos años han empezado a celebrar la fiesta de la madre soltera en la capital, Seúl.

«Nos encontramos en una situación en la que el gobierno por una parte quiere crear las condiciones para

evitar la baja tasa de nacimientos, pero por otra, cuando pone en práctica sus políticas de bienestar, hay enormes contradicciones: por ejemplo, los padres solteros que viven solos con niños pagan incluso tasas más altas respecto a las parejas casadas con hijos y unos ingresos similares» dice la voluntaria.

Cerca del 90 por ciento de las madres que se han dirigido a la asociación se encuentran en una situación en la que el padre del niño no reconoce al propio hijo, y esto es un punto crucial, porque las madres solteras no se pueden beneficiar de los servicios de apoyo a las nuevas-madres sin enviar ninguna información sobre el padre del niño.

La subvención específica, denominada oficialmente «Subvención para animar la fertilidad», es distribuida por toda las administraciones locales. El importe varía según cada gobierno regional y la cifra puede llegar incluso a los 20 millones de won (15.000 euros). Los padres tienen derecho a recibir beneficios aún mayores en caso el tercer o cuarto hijo. Muchas administraciones ciudadanas tienen una normativa que establece que, con el fin de recibir las prestaciones sociales como padres, tanto la madre como el padre del niño deben presentar los documentos que muestran su nivel de ingresos.

La voluntaria indica que hay madres solteras a las que se les niega la subvención en distintas regiones del país. A las mujeres en cuestión se les había solicitado información sobre los ingresos del padre biológico del niño, así como su residencia, pero estas mujeres no podían porque no tenía ningún contacto con su ex pareja.

La voluntaria me cuenta la experiencia de Han (nombre imaginario), una mujer soltera no casada que debía dar a luz al mes siguiente y que había tratado de obtener el servicio de ayuda postparto. Le dijeron que tenía que presentar la última prima del seguro médico del padre de niño, de forma que el Gobierno de la ciudad pudiera verificar los ingresos. Pero también Han, como tantas otras madres solteras, no tenía noticias de su ex pareja.

«Obviamente no hay ninguna ley que prohíba de forma explícita conceder la subvención a las madres solteras o no casadas» dice la voluntaria, «pero no existen criterios dados sobre qué hacer cuando el padre soltero no dispone de información sobre los ingresos del otro padre. Nosotros pedimos al gobierno introducir una legislación que garantice a todas las madres solteras el derecho a las prestaciones sociales de las que se benefician todos los padres».



EN EL NUEVO TESTAMENTO

La hemorroísa

La fe sincera de esta mujer encuentra en Jesús la fuente de salvación

POR TERESA OKURE

La mujer por su naturaleza tiende a sangrar. Es algo que le ha dado Dios, no concebido por ella. En el periodo menstrual, la mujer pierde sangre por un óvulo no fecundado. Si el óvulo es fecundado, forma el núcleo de un ser humano, el inicio de la vida. De lo contrario se separa y es expulsado lentamente en forma de sangre. Así, por diseño de Dios, la vida de todo ser humano inicia como óvulo en el vientre de una mujer. La menstruación para algunas mujeres es a menudo una experiencia de prolongado e insoportable dolor, con extenuantes dolores de cabeza o migrañas, que dura de tres a siete días. Algunos lo han comparado con un dolor menor del parto. Por tanto, que conciba y dé a luz o no, toda mujer experimenta un dolor similar al del parto.

Jesús recuerda que una mujer que va a dar a luz siente gran dolor porque ha llegado el momento, pero después del nacimiento del hijo olvida el dolor «por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo» (Juan 16, 21). Jesús mismo ha experimentado los dolores del parto en tres largos días de su pasión, de la agonía en el huerto pasando por el proceso y la crucifixión, hasta la muerte en la cruz. En el huerto su sudor caía como densas gotas de sangre; los artistas lo dibujan

con el rostro manchado de sangre y con la sangre que goteaba de su cabeza coronada de espinas.

Dramáticamente, en la cruz la sangre le goteaba de las manos y los pies perforados. Cumplida su misión, entregó el espíritu (cfr. Juan 19, 30); un soldado le atravesó el costado con una lanza y salieron sangre y agua. La Iglesia ve tales eventos como dolores del parto de Jesús en el dar vida a una nueva criatura, a la humanidad y a la Iglesia a través de los sacramentos de la iniciación: bautismo (agua), confirmación (espíritu) y eucaristía (sangre).

Se podría preguntar: ¿qué tiene que ver esto con la historia de la hemorroísa (Marcos 5, 25-34)? Por su naturaleza donada por Dios, la mujer tiende a sangrar. Esta mujer, que ha sido «fabricada» por Dios (la primera fabricación de Dios en la Escritura es la mujer; verbo *banah* en Génesis 2, 22) para colaborar con él en el concebir, llevar y dar a luz a otros seres humanos, sangró durante doce años. Es casi imposible imaginar el dolor y la tensión que eso conlleva. Marcos, en su griego, describe la aflicción con la palabra *mástigos* (fusta). La herida física no era nada en comparación con el trauma social y la estigmatización de su herencia socio-cultural y religiosa. Una mujer que sangraba era de por sí legal y socialmente inmunda, así como fuente de impureza para



cualquier o cualquier cosa que ella tocara o la rozara, durante «siete días» o «durante el periodo menstrual» (Levítico 15, 19-30).

En algunas culturas africanas tradicionales, durante el periodo menstrual la mujer estaba obligada a vivir apartada, en un alojamiento improvisado fuera de la casa; no podía cocinar para su familia o estar con los otros hasta que el periodo no terminaba. El dolor era ya bastante feo, pero ser cada mes una marginada social en su propia casa, familia y sociedad, hacía saber a todos, incluidos los hijos, que estaba menstruando,

y disminuía su valor humano. La vergüenza y el trauma psicológico causados por esta deshumanización son difíciles de imaginar. Hoy, algunos sacerdotes prohíben todavía a las mujeres recibir la comunión o acercarse al altar en el periodo de la menstruación.

Por suerte, a diferencia de los leprosos, la hemorroísa en los tiempos de Jesús no tenía que sonar una campana y gritar «¡Inmundo! ¡Inmundo!» (Levítico 13, 45) para advertir a los otros que no se acercaran a ella. Los israelitas consideraban la sangre como el principio de la vida, y es por esto que estaba prohibido comer carne «que contenga sangre» (Levítico 19, 26). La historia de la hemorroísa es la de una mujer que rechazó permanecer inerte, resignarse al destino y dejarse morir desangrada. Marcos la describe como que tenía un «flujo de sangre» (en *rýsai háimatos*) y el flujo mismo como un «pozo de sangre» (*pegè tou háimatos*). ¿Cómo es posible que haya perdido sangre ininterrumpidamente durante tanto tiempo sin morir? La explicación es su determinación para permanecer con vida. Fue más afortunada que muchas mujeres que mueren desangradas durante el parto, tanto natural como con cesárea. Estas mu-

jerer están totalmente inermes, a la merced de médicos y enfermeras; no tiene la fuerza, el poder y la conciencia (si están bajo anestesia) de luchar por sí mismas. La mujer del pasaje es diferente. Su determinación para permanecer con vida la ha sostenido y la ha empujado a hacer todo lo que estaba en sus manos durante doce años, hasta conseguir librar de su aflicción. ¿La motivaba el hecho de creer que Dios no pretendía hacerla vivir siempre como hemorroísa? Su esperanza de encontrar una cura permaneció firme también después de haber gastado todo lo que tenía para médico, cuyo resultado fue empeorar.

Al final había escuchado hablar de Jesús y creyó en su interior que si podía tocar solo el borde de su manto sanaría. Eso de lo que no habían sido capaces los

médicos, lo podría hacer solo rozando el manto de Jesús. Haciéndose camino en el medio de la multitud y tocando el manto de Jesús, habría contaminado tanto a la multitud como a Jesús. ¡Cuánta fe, valentía y audacia delante de los tabúes socioculturales y a las prescripciones legales de su religión. Si tocar a Jesús la habría sanado, ¿su tacto le habría hecho impuro? ¿Alguien que sana una aflicción que dura desde hace doce años podría convertirse en impuro porque ella le tocara? Es una pregunta que hace reflexionar en un contexto en el que la presunta impureza ritual de las mujeres es un motivo que las penaliza también en la Iglesia.

Tal creencia, sea expresa o tácita, hace impuro lo que es natural; declara nula la gracia sin género donada por Dios a las mujeres que, por medio del bautismo, las hace, junto a los hombres, miembros sustanciales y consustanciales del cuerpo de Cristo. Peor todavía, reduce a Jesús a un objeto inanimado que puede ser contaminado por el tacto y la voz de una mujer. Y sin embargo él, «la liturgia de la Iglesia» (Juan Pablo II), es la vida que dona vida eterna a todos en su cuerpo indivisible.

La mujer tenía una idea diferente. «Si logro tocar solo el borde de su manto, seré sanada». Lo hizo; y fue sanada «en ese instante», sin una palabra.

Sintió en su cuerpo, donde residía el dolor, que había sido sanada. Jesús reaccionó preguntado: «¿Quién ha tocado mi manto?». Los discípulos se sorprendieron con esta pregunta, consideraron que la multitud se agolpaba en torno a él. Para la mujer y para Jesús el tocarle había sido dirigido, «su manto»; no el tocar sin objetivo de la multitud. En el cuarto Evangelio, los soldados se jugaron a los dados las ropas de Jesús, pero sin sacar ningún poder (cfr. Juan 19, 23). El flujo de poder de Jesús detuvo enseguida el flujo de sangre de la mujer; «un abismo que llama al abismo». ¿Jesús se sintió vaciado por este poder que salió de él? Él, «la vida» (Juan 14, 6), vino para dar un poder que permite vivir (dynamis) «a los que creen en su Nombre» (Juan 1, 12-13). La vida no puede ser disminuida y no importa cuántos tienen que vivirla. Como respuesta a la pregunta de Jesús, la mujer dio un paso adelante «con miedo y temblando». El texto occidental añade que porque había actuado a escondidas. Como mujer, en su sociedad no era ni una persona jurídica ni una figura pública. Además, durante doce años se le había impedido aparecer en público, tocar o ser tocada por otros por causa de su sangrado. Tener que exponerse a la vista de todos delante de una inmensa multitud y ser mirada como una mujer que osaba infringir las leyes religiosas era emotivamente devastador. ¿O se trató del miedo que normalmente acompaña el encuentro con el divino, como en Marcos 4, 41?

Jesús quiso hacer salir a la mujer no para avergonzarla o para regañarla porque le había tocado, sino para que la multitud escuchara su historia («les dijo toda la verdad»); para afirmar y alabar su fe y reintegrarla en la comunidad como «hija» (de forma absoluta, no como «hija de»), ya no «hemorroísa» y marginada, sino como mujer querida por Jesús y miembro integral de la comunidad, en su derecho humano de mujer. En Lucas 19, 9-10 Jesús reintegra de la misma forma a Zaqueo,



La autora

Teresa Okure es una religiosa de la Sociedad de Santo Niño Jesús (shcj) y profesora de Nuevo Testamento y de Hermenéutica del Género en el Catholic Institute of West Africa, en Port Harcourt, Nigeria. Es autora de muchos libros, diccionarios y artículos; da conferencias en todo el mundo. Actualmente es presidenta de la Catholic Biblical Association of Nigeria (CABAN) fundada por ella, y miembro de la Comisión internacional anglicana-católica (ARCIC), como representante del África católica.

llamándole «hijo de Abraham» y no más publicano y pecador. Hay que destacar que Jesús no mandó a la mujer donde el sacerdote para ofrecer a Dios un sacrificio expiatorio por su pecado de impureza como exigía la ley, (cfr. Levítico 15, 28-30) o como hizo en el caso de los diez leprosos (cfr. Lucas 17, 14). En su caso, el sacerdote les había expulsado de la comunidad; por tanto tenía que reintegrarlos. ¿Qué mensaje podemos extraer hoy de este pasaje? La historia de la hemorroísa, junto a las del hombre poseído en la región de los gerasenos (cfr. Marcos 5, 1-20) y de la hija de doce años de Jairo (cfr. Marcos 5, 21-24, 35-43), subraya el poder de Dios para hacer, para quien cree, lo que es humanamente imposible. La fe es el medio para sacar de Dios fuerza resanadora y superar todas las fuerzas de muerte y que menosprecian la vida en nuestra existencia personal, en nuestras comunidades y en el mundo. Los doce años de la enfermedad de la mujer y de la edad de la hija de Jairo representan su nación, Israel, constituida de doce tribus.

A menos que las mujeres no tengan la voluntad y la determinación de liberarse de condicionamientos socioeconómicos seculares y de las disposiciones bíblicas y religiosas no evangelizadas, ni ellas, ni la sociedad o la humanidad serán sanadas, restituidas a la plenitud que Dios ha querido para ellas en la creación. Las mujeres son colaboradoras únicas de Dios en el dar a luz y

favorecer la vida. No lo pueden hacer si ellas mismas son degradadas simplemente por su sexo biológico donado por Dios o por su enfermedad.

Las mujeres deben ser plenamente vivas, con salud y bellas para dar vida al mundo que Dios ha creado «bueno» o «bello». Son, por diseño de Dios, el sistema inmunitario de la humanidad en el orden natural (cfr. Génesis 3, 20) y en el orden de la gracia (cfr. Génesis 3, 15). Si la mujer sangra o se la deja morir desangrada, también la sociedad y la Iglesia mueren desangradas.

El pasaje de Marcos sobre la hemorroísa invita a los cristianos a escuchar de nuevo que la solución a los problemas humanamente irresolubles está en la fe resuelta e inquebrantable en Jesús, como la de la mujer, una fe tan audaz como para infringir todas las leyes y las tradiciones contrarias a la vida y deshumanizantes, cualquiera sea su origen. Para acceder a una página web es suficiente con hacer click en un enlace. Para coger agua en un pozo es necesario un cubo.

La fe sincera de la mujer ha sido el cubo con el que ha actuado el poder sanador de Jesús, fuente de salvación de Dios, para poner fin en ese instante al flujo de sangre. La fe es el enlace indispensable, que ese necesario clic para acceder a la sanación procedente de Dios para los sangrados por facetas, interminables y en apariencia incurables del presente, que drenan la vida. La fe en

Jesús, salvador del mundo, permitirá a la humanidad, que tiende hacia la autodestrucción, de convertirse en sana, en la plenitud que Dios ha querido para ella en la creación, de poner fin a estos males y de encontrar paz, shalom, plenitud. La fe que toca Jesús y se alimenta directamente de él, al final vencerá las razones seculares, y aparentemente inmutables, enraizadas en culturas no evangelizadas y tradiciones no cristológicas, que marginan a las mujeres, devolviendo así la plenitud a su Iglesia.

Los pasajes de la hemorroísa, del hombre poseído en la región de Gerasa y de la hija de Jairo son tres ejemplos que se quedan fuera de una solución humana. Es Jesús, la buena noticia de Dios por la humanidad, su solución. Esto no significa convertir a todos al cristianismo, ya que un estilo de vida evangélico no es sinónimo de cristianismo, aunque si las dos cosas no se deberían excluir la una a la otra. Puedan todos los cristianos y los seres humanos, como la hemorroísa, dejar de buscar y dedicarse inútilmente a soluciones que no son capaces de sanar, y en vez de eso tender la mano con fe inquebrantable y tocar a Jesús para una sanación personal, comunitaria y global. «Hija, hijo, tu fe te ha salvado. Vete en paz y sé sanado de tu mal, plenamente liberado de tu aflicción».



La sanación de la hemorroísa (catacumba de Santos Marcelino y Pedro, Roma)